

Isabel González Yagüe



EL VUELO DEL HALCÓN
PANGEA



El vuelo del Halcón

Pangea

Isabel González Yagüe

Primera edición: abril de 2026

© Copyright de la obra: Isabel González Yagüe

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-991736-6-6

Código ISBN digital: 979-13-991736-7-3

Depósito legal: B 7279-2026

Corrección: Teresa Ponce Giménez

Diseño y maquetación: ©🍎dianliro

Ilustración de portada: Hugo García

Fotografía de contraportada: Belle Yagüe

©Angels Fortune Editions www.angelsfortunedititions.com
info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

*A mi madre,
ser de savia y de raíz,
criatura que camina entre lo invisible y lo eterno,
como enseñan los sabios del bosque,
como susurran las chamanas entre los vapores de la tierra.
Tú me diste el don de escribir.
Tú sembraste en mí el amor por crear historias,
y tejiste mis primeros años con cuentos nacidos de tu voz.
En ti nació Belle,
y en tu esencia respirará por siempre Cliodna.
Mami,
este libro es tuyo y solo tuyo.
Esta es tu historia.*

«Hasta que no extiendas tus alas, no tendrás idea de lo lejos que puedes volar».

Napoleón Bonaparte

PANGEA

Los chillidos de las gaviotas llevaban avisando varios kilómetros de que estaban a punto de alcanzar el reducto del Mundo de Antaño que marcaba su mapa.

La animaga se había descalzado. Imaginaba ya el tacto suave de la arena bajo sus pies. Pero, al llegar, se dio cuenta de que la playa no era de arena. Se agachó y tomó el material en su mano. Eran pequeñas piedrecitas de plástico negro. Se alzó de nuevo y vio entonces, frente a ella, las olas de alquitrán que rompían viscosas sobre la costa. Y sobre su cabeza volaban los engendros de pájaros de caucho y metal. Los animales se movían con ruidos mecánicos, e iban formando figuras en el cielo. Una letra detrás de otra: «TE ESTOY ESPERANDO, CLIODNA».

PASAJE 1

Humo en la calma

Cliodna. Primer ciclo de Pangea

Daba igual las eras que habíamos estado juntos, que siempre sentía un escalofrío en la nuca al contacto con su piel. Daba igual si nos llamaban Félix y Chispita, o si nos conocían como Cliodna y Waman. Los dos éramos un todo, dos sendas que siempre convergían en un mismo punto. Así había sido en el origen de nuestras existencias, en los tiempos en que nos encontramos en el Mundo de Antaño. Y así sería durante muchas vidas después, hasta la noche que recibió nuestro final en un cielo estrellado sobre Pangea.

Waman y yo ascendíamos en silencio la duna rozándonos el dorso de las manos. La arena caliente se escabullía y cosquilleaba bajo nuestros pies. Desde que habíamos vuelto del Mundo de Antaño, éramos conscientes de que cada paso que dábamos era una cadencia que nos conectaba de nuevo con las raíces, con la tierra, con el viento que nos envolvía y con el océano invisible que nos esperaba más allá.

Al llegar a la cima, me detuve. La inmensidad del océano nos recibía ahora como el abrazo de una madre que llevaba varias primaveras sin vernos. Frente a nosotros se extendía un mundo líquido, brillante y vibrante, tan vasto que parecía que el cielo se incrustaba en él. Las olas bailaban bajo la luz del sol, rítmicas y constantes, marcando un latido que parecía imposible que pudiera detenerse.

Pero sí lo hizo.

Vaya si lo hizo, varias lunas después.

Pero para aquello aún faltaban otros tantos soles, y demasiadas desventuras. Y, aunque no éramos completamente ajenos al destino que nos esperaba, continuamos como si nuestras vidas fueran eternas.

Así, en lo alto de la duna, ambos respiramos al unisono. El viento despeinaba mi cabello, que se movía al compás del mar. Al compás de los latidos de Waman. Sin apartar los ojos del océano, alargué la mano, y él la tomó. Sentí su piel áspera, curtida por el sol y la batalla. Su agarre era firme, lleno de vida y con la fuerza del halcón. No lo miré, pero sentí que se volvía hacia mí, mientras su respiración se tornaba más lenta y profunda.

—Vamos —dije en apenas un susurro. Y el viento llevó mi voz hacia él.

Waman asintió, y juntos cerramos los ojos.

Desde que había invocado a los viejos espíritus en el Paraninfo, la naturaleza había vuelto a abrirse paso en el planeta con todo su vigor, mucho más allá de los reductos del Mundo de Antaño. Mi control sobre la magia ahora volvía a ser poderoso y, aunque no contaba con la energía de la naturaleza exuberante que me rodeaba en nuestro viejo poblado, sí sentía de nuevo mi esencia de animaga como una realidad. Así, la transformación llegó como un relámpago. Fue rápida y natural. Mi cuerpo se deshizo de sus límites humanos, mis huesos cambiaban, mi piel se cubría de plumas negras y mis brazos se convertían en alas ligeras y ágiles. Ya sentía el aire diferente, lleno de esperanzas de los infinitos seres que habían habitado y habitarían alguna vez nuestro planeta.

Y en un instante, ya no era Clidna humana. Era una golondrina.

A mi lado, Waman también cambió. Su cuerpo se curvó, su forma se tensó y se contrajo hasta que en su lugar emergió el halcón. Mi halcón majestuoso, con sus alas poderosas que se despegaban como una sombra sobre la arena dorada.

Pluma contra pluma, nos lanzamos juntos al aire, acariciando ahora nuestras alas. Y, por un instante, nos olvidamos de todo. La libertad del vuelo nos envolvió. La duna, la playa, el océano, incluso el horizonte, todo parecía más cercano. Durante ese momento pertenecíamos al aire más que a la tierra, más que a la propia Pachamama. Ella, suspiré, la Pachamama. Pero la borré de mi mente al instante. Y volví a revolotear cerca de Waman, dejando que el viento me llevara en giros juguetones mientras él planeaba con elegancia, siempre atento a mí, siempre observándome, siempre protegiéndome. Aunque supiera que yo era la animaga más poderosa sobre el planeta. Pero en ese instante solo éramos dos aves que jugaban a volar sobre el

océano, con el aire salado salpicando nuestras plumas, danzando con nuestras sombras y con los reflejos del sol.

Hasta que lo vimos. Y desde ese instante no pudimos suprimirlo de nuestro pensamiento.

En la distancia, algo rompía la perfección del paisaje y del momento. Imparable, una columna de humo negro ascendía desde el océano. A su alrededor, el agua huía formando ondas concéntricas que se alejaban con fuerza. La columna se expandía lenta queriendo alcanzar las olas para desgarrarlas.

Detuve mi vuelo de golpe, batiendo las alas para mantenerme en el aire. Waman hizo lo mismo, aunque su figura imponente parecía más inmóvil. Desde nuestra altura, la columna negra se erguía con monstruosidad.

—¿Qué es eso? —pregunté, aunque no esperaba una respuesta, sino una afirmación de que aquella cosa estaba allí en realidad.

Waman giró ligeramente la cabeza y sus ojos de halcón se clavaron en el horizonte.

—Ya están realizado las pruebas en el océano. No tardarán mucho tiempo en lanzarla —me dijo empujándome con su cabeza para alejarme del lugar.

Pero yo me quedé inmóvil porque podía sentir el llanto del océano, que se retorció alrededor de la columna y sufría por los seres vivos que yacían en sus aguas. Permanecí agitando las alas sin desplazarme durante varios minutos, hasta que un sonido sordo nos alcanzó con violencia. Primero sentí una vibración en mis huesos y luego en mis alas. Un eco lejano. Cargado de un poder gris. Ancestral.

—Vámonos rápido o nos alcanzará —me gritó Waman, ya que ambos sabíamos que aún no estaba preparada para enfrentarme a un poder así.

Así pues, bajo la amenaza de la humarada gris, desviamos nuestro vuelo hacia el reducto donde nos esperaba Marlee, con Alpha y Omega. Debíamos alcanzarlo cuanto antes y traspasar allí la puerta temporal. Allí dejaríamos atrás Pangea, dejaríamos a nuestro hijo Babar, a Alfonso y al resto de nuestros amigos. Y, con ese sentimiento de responsabilidad y culpa, volamos sin descanso y en silencio, siendo conscientes de que aquella columna de humo lo cambiaría todo para siempre.

Y el tiempo, desdichadamente, nos dio la razón.

Acerca de la autora



Isabel González Yagüe nació en Madrid en 1982. Es escritora e ingeniera, y esa doble formación se refleja en novelas de gran ambición narrativa, mundos sólidos y tramas cargadas de emoción. Es autora de cuatro libros, entre ellos la trilogía *El vuelo del halcón*, una saga de fantasía distópica que combina épica, conciencia ecológica y profundidad emocional.

En 2019 recibió el Premio a la Mejor Novela del Año por *El vuelo del halcón: Rodinia*, otorgado por el Grupo Editorial Angels Fortune. Desde entonces, la saga ha traspasado fronteras y ha estado presente en ferias literarias internacionales, como la Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York (FILNYC 2024).

Con *Pangea*, Isabel firma el cierre épico de una trilogía que invita a volar alto, recordar quiénes somos y preguntarnos qué estamos dispuestos a salvar cuando todo parece perdido.

«Escribo para recordar que la tierra, el amor y la memoria siempre luchan por sobrevivir».

Isabel González Yagüe